

Venturas y desventuras de «El último de los hermanos»

- Benjamín termina en «ín». La culpa la tienen todos menos él.
- Hasta que empieza a tenerla también él.
- ¡Ha nacido el último de los hermanos: y él sin enterarse!
- Hasta que se entera.
- Por ser el último, le toca heredarlo todo. Experiencias positivas y desgraciadas. Y los vestidos usados, los zapatos y... los juguetes aburridos por los mayores y escondidos en la trastera para los futuros reyes del bejamín.
- Se le llama: «el protegido, el consentido, el mimado, el preferido».
- Y también se le llama: «El incordio, la complicación de última hora, el fastidio de volver a empezar».
- No pocos de los benjamines actuales cogieron el tranvía de la procreación en marcha, cuando ya se retiraba, demasiado confiadamente, a sus cocheras de reposo.

JOAQUIN MARIA GARCIA DE DIOS



Por ser «el último», le toca heredarlo todo:
experiencias, vestidos, zapatos... y los últimos Reyes.

Algunas de las cosas sensatas que se dicen sobre el benjamín de la familia

(Hablan psicólogos, pedagogos, padres de familia y expertos en relaciones familiares)

1. Al benjamín casi nunca se le confían las cosas importantes.
2. Al benjamín se le disculpan más cosas: «total, es demasiado joven para comprender».
3. A veces los padres no le manifiestan tanto su ternura: ya están cansados: total, con la que derrocharon en los primeros, y ahora, ¡total, ni te lo agradecen! (No hay que olvidar que a los mayores, en este momento, les toca ser adolescentes de 14 años).
4. Algunos de los mayores superprotectores tienden a tratar al benjamín como si no fuesen capaces de lo que ellos (los mayores) sí fueron capaces. La superprotección de los hermanos superprotectores, suele ser mucho más total que la de las mamás canguros.
5. Los benjamines entienden muchas veces mejor el lenguaje del hermano más cercano, que los consejos apodícticos y bien intencionados de su padre, o los chantajes afectivos (a veces implícitos, y otras demasiado explícitos) de la madre.
6. Siempre el benjamín es el que desplaza al último hermano (al benjamín anterior). Es desplazador por necesidad.
7. El bejamín, sobre todo cuando la familia tiene varios hermanos, llega a un grupo de hermanos «ya formado». Introducirse en el grupo tiene sus problemas y es un proceso. El proceso de convertirse en hermano. Porque, aunque parece lo contrario «no se nace hermano: la fraternidad se logra: no se nace ya con ella».
8. Algunos de los benjamines actuales son accidentes: fallos en las medidas anticonceptivas. Realmente habría que llamarle «el hijo no esperado». Lo probable es que, antes de que nazca, se hayan vivido procesos dramáticos: hasta la aceptación de su venida. Pero no es lo mismo la aceptación feliz o la aceptación resignada.
9. Hay madres que necesitan tener siempre un bebé: para sentirse madres (que, en ellas, es sentirse «todo»). Tenderán a utilizar al benjamín: casi le forzarán a que no crezca, a que dependa de ellas lo más posible.
10. En cambio... cuando ya se esperaba que la tarea maternal de cuidar bebés estaba acabada, cuando ya se tenía a los niños colocaditos en el colegio, cuando ya se había vuelto al trabajo profesional... ahora viene el bebé: y la tendencia es acelerar el proceso para que pueda pertenecer cuanto antes al pelotón de avanzada. Apresuramiento, exigencia de comportamientos forzados, malhumor... ¡Pobre benjamín! ¡Qué culpa tendrá él de haber venido tan a contratiempo!
11. Algunos benjamines, que vienen después de varios años del último hermano, tienen la experiencia del hijo único. Pero más complicada todavía: «Mis hermanos fueron, para mí, como mis padres: he tenido la impresión de vivir sola».
12. El benjamín siempre saca su experiencia de los anteriores. Pero con el inmediato anterior siempre suele haber, durante algún tiempo, este tipo de ajuste: el pequeño (bebé) a parecerse al anterior. Y el anterior a parecerse al bebé.
13. En la historia de muchas familias, el benjamín recoge las modificaciones que la historia ha ido produciendo en los padres que iniciaron la familia con el hijo mayor: modificaciones económicas, ideológicas, modas, relativización de exigencias, hallazgo de nuevos métodos educativos... Y tampoco es sólo eso: para muchos benjamines, sus padres son abuelos en ciernes: y eso tiene su precio.
14. Las madres a veces retienen al pequeño junto a sus faldas, para compensar la emancipación afectiva de los otros hermanos, que se van haciendo (no siempre pacíficamente) más autónomos.
15. Y el benjamín juega: los otros le hacen «el rival». Y él trata de atraer sobre sí la atención de la madre (o de los mayores) por todos los medios. Incluyendo el de un posible retraso afectivo, que reclama atenciones especialísimas. Y, con frecuencia, los hermanos se «vengan» en el preferido. Y exageran las preferencias, para poder vengarse.
16. El benjamín es «menor» en todos los sentidos de la palabra. Las reacciones típicas ante «lo que no puede hacer y que hacen los mayores» se pueden llamar reacciones de «inferioridad». Y los mecanismos de compensación son:
IMITACION: copia servil y estéril de los mayores.
OPOSICION: sistemática contra los mayores: rebeldía.
RENUNCIA: regresión, abandono: jugar a perder.
COMPENSACION: buscar el camino para mostrarse superior.
- Los padres y los mayores favorecen más alguna de estas reacciones del benjamín.
18. El benjamín es el que más se beneficia de las «experiencias» de los mayores: padres y hermanos. Los padres ya no son unos novatos. Sus hermanos han hecho sus experiencias de vida. Aciertos y errores son ventajas para el benjamín.

Autoconfesiones del «Benjamín T»

● «Como hermano pequeño, conservo nitido un estribillo. Paseando por la calle, de visita, en cualquier presentación, yo era «el más pequeño», «el más mimado», incluso «el preferido de mamá». O, al menos, eso decía la gente. Esto deben decirselo a casi todos los «benjamines». Lo peculiar es la reacción de cada uno. A mi me provocaba una sonrisa externa. Por dentro me quedaba una vaga sensación de culpabilidad. No me gustaba ser el preferido o simplemente querido por ser el más pequeño. Eso no era mérito mío. Yo necesitaba ganarme el amor. Por otra parte, nunca tuve sentimientos de ser el preferido ni el mimado. A veces creo que es posible que este benjaminismo tenga algo que ver con mi posterior retraimiento». (Benjamín T).

● «A poco que exploro, encuentro otro sentimiento: el de protección. Un recuerdo: cuando me cambiaron de colegio —a los 8 años— el primer día recuerdo que mi hermano, poniéndome las manos sobre los hombros, me presentó con estas palabras a mi nueva señorita: «Este es mi hermano». Puede ser una presentación normal, pero en mi caso no lo era, ya que aquel hermano era el director del colegio. ¿Qué reclamaba aquella presentación? No lo sé. Pero para mí era algo que debían tener en cuenta a la hora de tratarme».

● «La protección la sentí en grado muy intenso por parte de mis padres. Ahora, que va desapareciendo, voy siendo mucho más consciente de su existencia».

● «¿Cuál fue mi relación con tantos hermanos, algunos tan mayores? Por una parte están los contemporáneos, con los que convives. Con ellos me peleé, rivalicé, pero también nos solidarizábamos ante la amenaza común. A veces acusabas a alguien y sentías cierto placer en la venganza si era castigado. Otras veces llorabas con ellos cuando les castigaban o pegaban.

Por otra parte, están los mayores. Con alguno de ellos he hablado mucho. Concretamente uno —hace años— le escribí que parte de mi «superyo» tendría que resolverlo él. Hasta ese punto han sido mis mayores, mis adultos: de los que tomar pautas de comportamiento, gente con la que te identificas y tomas como modelo.

Es cierto que me tomó tiempo entender como hermanos a personas que aparecían de tarde en tarde por casa, sólo por unos días. A algunos de ellos los siento como hermanos desde mis 16 ó 18 años. Para entender esto hace falta explicar que la diferencia entre la mayor y yo supera los 30 años».

● No he seguido en nada la cronología. Sin embargo quiero detenerme en una edad especial: especiales fueron mis 14 años y los siguientes. A esa edad mi mejor amigo era el aparato de TV. Me sentí muy mal. Por esa época yo me preguntaba que qué habría hecho para tener que nacer. Es posible que hasta haya «torturado» a mis padres preguntándoles quién les había dado permiso para traerme al mundo.

Fue una etapa en que mi susceptibilidad alcanzó sus máximos niveles. A la mínima broma que me gastaba cualquier compañero de colegio, respondía con una pelea. Uno de mis hermanos —el del «superyo»— me explicó que, si al cabo de 10 años continuaba siendo tan sensible, sería un gran tipo, con mucha sensibilidad. Me metí por la única rendija que me quedaba: refugiarme en mi mismo. Lo hice con gran intensidad. Enterré mis sentimientos. Aun hoy tardo mucho en mostrarme como soy y, antes de hacerlo, ahuyento a la gente evitando incompreensión o rechazo. Volviendo atrás, decir que era introvertido no es suficiente: aún me quedaba hacerme hosco y agresivo. Si no terminé con úlcera de estómago, fue «gracias» a esa agresividad que eché fuera de mí».

● «¿Qué más? He tenido claros sentimientos de inferioridad. Lo anoto de pasada, pues ha dejado de tener importancia. También es cierto que otras veces me he sentido realmente superior a mucha gente. Cualquier cosa, antes de sentirme igual: cualquier cosa que alimentase la diferencia».

● «Quisiera hablar un poco de mi familia actualmente: de cómo los vivo ahora. No son conclusiones: ésas llegarán cuando concluya mi vida... Mi existencialismo —mi pesimismo existencial— está tocando fondo. Mi racionalismo, espero que, poco a poco, se está volviendo más vivencial. Y no aspiro tanto a leer novelas sino a que mi vida sea digna de novelarse. ¿Qué pinta mi familia en todo esto? Mi familia lleva tiempo sin pedirme cuentas: poco a poco he caído en la cuenta de que no es necesario que me justifique en cada momento. El dejar de sentir una profunda necesidad de justificar cada paso es la clave de mi vida y entre todos, ellos y yo, lo estamos haciendo posible. Hago cientos de cosas que ellos no harían, pero eso no pone una barrera entre nosotros. Por otra parte, hay un sentimiento de pertenencia muy fuerte. Contra él he luchado con insistencia. Ahora sé que forma parte de mi personalidad: es mi búsqueda para co-depender sin ser dependiente. Dice mi madre que «el bien y el mal lo hace cada uno para sí». Pues eso».

● «Ha sido un parto lento. Me está llevando años volver a nacer. Con todo, he de aclarar que todavía no he dejado de sufrir. Sufro, me caigo, siento impotencia, hasta dudo de lo que quiero. De vez en cuando encuentras alguien cercano que te comprende. Son pocos. Son ese tipo de personas que te escuchan sin juzgarte, que profundizan en lo que oyes sin interpretar. Pocos confían en que, al final, puedas arreglártelas sin esos consejos que ni tan siquiera has pedido. Pocos logran hacerlo sin que sientas que les eres indiferente. Ellos han puesto mucho y juntos vamos consiguiendo que vaya saliendo a flote. ¡Ojalá acepte vivir todo el riesgo que la vida me ofrece!»

Benjamines de leyenda

EL HERMANO DE JOSE

Alzando la vista, vio José a Benjamín, su hermano, hijo de su madre, y preguntó:

—¿Es éste el hermano menor, de quien me hablasteis?

Y añadió:

—Dios te dé su favor, hijo mío.

Enseguida, **conmovido por su hermano**, le vinieron ganas de llorar y, entrando en la alcoba, lloró allí. Después se lavó la cara y salió dominándose...

Se sentaron frente a él (sus hermanos) empezando por el primogénito y acabando por el menor, y se miraban asombrados. José les hacía pasar porciones de su mesa, y **la porción de Benjamín era cinco veces mayor...**

«Tenemos un padre anciano y un hijo pequeño que le ha nacido en la vejez. Un hermano suyo murió y sólo le queda éste de aquella mujer: **su padre lo adora**»...

... Ahora, pues, si vuelvo a tu siervo, mi padre, sin llevar conmigo al muchacho, **a quien quiere con toda el alma**, cuando vea que falta el muchacho, morirá, y tu siervo habrá dado con las canas de tu siervo, mi padre, en el sepulcro, de pena...».

Y **echándose al cuello de Benjamín**, rompió a llorar, y lo mismo hizo Benjamín: después besó, llorando, a todos sus hermanos. Sólo entonces le hablaron sus hermanos.

Además dio José **a cada uno una muda de ropa** y a Benjamín trescientas monedas y cinco mudas. (Génesis, 43 - 45).

EL MAS PEQUEÑO DE LOS MACABEOS

Arrestaron a siete hermanos con su madre.

Todavía quedaba **el más pequeño**, y el rey intentaba persuadirlo, no sólo con palabras, sino que le juraba que, si renegaba de sus tradiciones, lo haría rico y feliz, lo tendría por amigo y le daría algún cargo. Pero como el muchacho no hacía el menor caso, el rey llamó a su madre y le rogaba aconsejase al chiquillo para su bien. Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo: se inclinó hacia él y, riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma:

«—Hijo mío, ten piedad de mí que te llevé nueve meses en el seno, te amamanté y crié tres años y te he alimentado hasta que te has hecho un joven... No temas a ese verdugo, **no desmerezcas de tus hermanos** y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos».

Estaba todavía hablando, cuando el muchacho dijo:

—«¿Qué esperáis? No me someto al decreto real... Mis hermanos, después de soportar un dolor pasajero, participan ya de la promesa divina de una vida eterna... Yo, **lo mismo que mis hermanos**, entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, suplicando a Dios que se apiade pronto de mi raza...».

El rey, exasperado y no aguantando aquel sarcasmo, **se ensañó con éste muchísimo más que contra los otros...**

La madre murió la última, después de sus hijos. (Macabeos, 2,7)

ACTIVIDADES para una Escuela de Padres

Lab. VI: Prob. familiares 03: Casos

1. En el artículo se presentan tres casos: El de Benjamín «T». El de Benjamín, el menor de los hijos de Jacob. El del último de los 7 hermanos Macabeos.

El grupo de Escuela de Padres puede: **identificar** las características que se presentan en el artículo como peculiares del benjamín; **comentar** cómo repercuten, en el desarrollo de un hijo último, cada una de esas características.

2. Cada componente del grupo de la Escuela de Padres que tiene más de un hijo, tiene un benjamín. Se trataría de presentar las peculiaridades de esos hijos reales: síntomas, vivencias que hay debajo y repercusiones en el desarrollo de su personalidad.

Y además, comportamientos creativos que deben favorecerse por parte de los padres, de los hermanos mayores y de los educadores del colegio.

3. Si, entre los componentes del grupo, hay algunos que son benjamines de su familia, sería bueno que elaborasen una pequeña memoria de su experiencia personal y que, comentándola con los compañeros del grupo, provocasen una sustanciosa Discusión Dirigida sobre el tema.